

EL TRATAMIENTO FORMAL DE LA HABITUACION

Por CONSUELO SANCHEZ BUCHON
Jefe de Planificación del CEDODEP

Es un tópico corriente el empezar a exponer la didáctica de una materia destacando en primer término su importancia.

No obstante, aún a sabiendas de caer en un lugar común, nos parece justificado, por la índole del asunto, iniciar el tema poniendo de relieve el valor que posee y la situación de privilegio que corresponde en la tarea escolar al desarrollo de capacidades y destrezas, a la formación de hábitos y al tratamiento de la expresión.

Vieja y larga, y aún no ha terminado, la polémica sobre si debe predominar en el quehacer escolar la información o la formación.

Unas veces se han confundido los términos o se han estrechado tanto sus relaciones que se ha llegado a decir que cuanto instruye educa, o viceversa.

Y, otros, se han presentado tan distintos y distantes que se ha llegado a contraponerlos.

En ambas concepciones hay error.

Es verdad que lo que instruye en cierto sentido y medida educa y que lo que educa en cierto sentido y medida instruye.

No puede darse un puro formalismo en la educación ni puede darse una verdadera instrucción sin que se influya en la parte educativa.

Pero es clara su distinción. El acento y el ritmo de una y otra son muy diferentes.

Cada una tiene su finalidad. Si bien las dos se relacionan tan íntimamente que a las veces son recíprocamente fines y medios la una de la otra.

La instrucción o información, a la que principalmente tiende la escuela de todo grado, busca dar al alumno noticias, conocimientos, un saber.

Esta adquisición de conocimientos se hace precisa desde el punto de vista individual, más desde el punto de vista social y más aún desde el punto de vista religioso. Y, en una cierta parte, la formación se ordena a esto: a que se puedan adquirir más y mejores conocimientos, a que el saber sea más fecundo y perfeccionador de la personalidad.

La educación se dirige de modo especial a la

formación religiosa, moral, social, etc., a la forja de un carácter.

Pero no es a esto sólo, como algunos creen, sino que también se orienta:

- a desarrollar y disciplinar todas las capacidades del pensar y de las diversas realizaciones útiles;
- a lograr unas destrezas de tipo manual;
- a despertar y perfeccionar aptitudes;
- a regular prudentemente, para no quitar espontaneidad, las actitudes y la expresión;
- a dotar de hábitos que potencien y faciliten el ejercicio de:
 - la inteligencia especulativa,
 - la inteligencia práctica,
 - la actividad manual,
 - las actitudes de la conducta en general,

Dimensiones todas que patentizan el gran valor de la formación.

Pero, después de dejar bien sentado qué es la instrucción y qué la educación y lo precisas y complementarias que son, hemos de añadir que en la enseñanza primaria tiene más trascendencia la formación que la información. Y que hay que poner mayor cuidado e interés en programar y acentuar la parte educativa sobre la propiamente instructiva.

Razones muy poderosas abogan por esta predilección:

a) Es una, el estado evolutivo por que atraviesa el pequeño hasta los catorce años.

Epoca que, aun por definición, es *formativa* en todo orden. Epoca riquísima en potencialidades y la más indeterminada. Si en estos primeros años no se ayuda inteligentemente al niño, para que broten rectamente todos esos valores que están pujando por salir, se pierde el tiempo más apropiado y se produce al alumno un daño irreparable.

b) No es menor razón, que en la escala de los valores, tiene rango superior la educación sobre la instrucción. Siempre será más valioso en todo orden tener una personalidad, recta, con menos conocimientos que más conocimientos y personalidad menos formada, pues hasta la ciencia y la técnica pueden volverse contra el hombre.

c) Porque —y ésta es una razón de gran importancia— si siempre tiene más valor y es más útil poseer unas capacidades bien desarrolladas y disciplinadas para captar mejor nuevos conocimientos, que el poseer muchos conocimientos almacenados en la memoria, este valor sube de punto tratándose de la primera enseñanza.

El motivo es claro. De un lado, porque por muchos conocimientos que pudiera adquirir, por fuerza, dada la edad del niño, tienen que ser escasos y de tipo elemental. Y, de otro, porque con la rapidez que el mundo camina científica, técnica e ideológicamente, pronto esos conocimientos son muy insuficientes, quedan muy atrás e incluso trasnochados...

En cambio, siempre mira al futuro y dispone para captar con seguridad y rectamente las nue-

vas conquistas del pensamiento y del hacer humanos unas capacidades bien desarrolladas y bien disciplinadas en orden a la precisión, a la agilidad en establecer relaciones, a la penetración en la realidad que se le ofrece, etc.

d) Y aún nos atrevemos a señalar, entre otras varias razones que podrían educirse, que la enseñanza primaria, aun sin despreocuparse totalmente de la formación de las posibilidades del niño y menos de una educación general, no ha tenido este sector formativo, ni estructurado, ni programado, ni al nivel de la parte instructiva. Y ni siquiera se ha planteado su didáctica. Hechos todos que exigen un mayor hincapié y sistematización en el aspecto educativo.

Los niveles por curso que acaban de publicarse aportan esta innovación. Por vez primera se intenta sistematizar la parte formativa. Y se determina para cada curso un nivel, que los niños deben alcanzar respecto al desarrollo de sus capacidades, adquisición de unas destrezas y posesión de unos hábitos.

Niveles que piden valientemente la estructuración de una didáctica sobre importantes aspectos de la educación y una programación de las actividades que conducen derechamente a estos logros educativos.

En un primer intento de sistematización funcional, los niveles nos hablan de destrezas y hábitos de tipo operativo, de tipo mental y de tipo moral-social. Señalan los logros que respecto a estas modalidades deben conseguirse, como mínimo en cada curso.

Los niveles, en su exposición, no pueden decir la didáctica que reclaman. Pero tampoco se silencia en su sola enumeración el que piden un tratamiento radicalmente distinto del que conviene a la adquisición de nociones.

En el presente artículo —el asunto requiere más espacio del que hoy podemos dedicarle— vamos a dar unas breves y sencillas ideas sobre el cómo lograr una mayor capacidad, más y mejores destrezas, más y mejores hábitos. Es decir, el tratamiento formal de la habituación.

En términos generales, la capacidad se desarrolla:

A) Con la posesión de ideas. Pero no precisamente de un gran número. Está en razón directa no de la cantidad, sino de la calidad, de cómo son aprendidas, retenidas y, sobre todo, de su rango general y de su profundidad. Es decir, cuando esas ideas poseídas son más amplias, son más capitales (1). Cuando están más en la línea de principios y notas esenciales que en la de detalles, lo que capacita para una mayor aplicación a cada caso, y, finalmente, cuando esos conocimientos se orientan no sólo a un saber especulativo, sino también a un hacer práctico.

B) Pero especialmente se desarrolla con el ejercicio. Con mucho ejercicio. Nos atreveríamos a decir que con un puro ejercicio, con una verdade-

(1) Balmes, desarrollando una doctrina de Santo Tomás, nos dice que el principal carácter de las inteligencias elevadas no está en el tener muchas ideas. "Los genios superiores no se distinguen por la mucha abundancia de ideas, sino que están en posesión de algunas capitales, anchurosas, donde hacen caber al mundo."

ra gimnasia mental o manual, etc. (2). Ejercicio que no puede entenderse como mera repetición de una actividad, como un machacar en donde falte la motivación interesante. Ejercicio que ha de ser sinónimo de un hacer vital apetecible. Ejercicio, y esto es esencial, que *debe suponer esfuerzo*. De aquí el gran error didáctico-educativo de dar a los niños las cosas hechas, de no exigirles que pongan *lo más posible* de su parte. En cierto modo, todas las cuestiones que se proponga al alumno deben tener carácter de problema solucionable por él, pero con la exigencia de un prudente esfuerzo. Esta es una de las condiciones para que se despierte un gran interés.

Cuando un ejercicio *ya no pide ningún esfuerzo* podrá reunir otros bienes en sí, pero ya no, el de desarrollar la capacidad.

Destrezas.

Las destrezas o habilidades, adquisiciones de nuevas y valiosas formas de conducta, principalmente de tipo manual, aunque en lo manual no se agotan, precisan:

a) Conocer en qué consisten y cómo se logran. Pero esto es lo mínimo.

b) El principal modo de lograr la destreza reside en el ejercicio, en un trabajo realizado, con fuerte motivación y acertada sistemática. Ejercicio que se vaya viendo coronado por el éxito. Este irse ejercitando con éxito denominado por muchos como "ley del refuerzo" tiene probada su gran eficacia por numerosas experiencias. Ejercicio con método, con orden. En donde el fin, el camino y los medios materiales más adecuados están previstos e inteligentemente utilizados. Ejercicio que debe tener muy en cuenta el ritmo y modo de efectuarse en cada alumno y que no corte su espontaneidad (3).

Hábito en general

El hábito es un modo de ser o cualidad permanente creada por el ejercicio.

Las destrezas manuales, especialmente a las que acabamos de referirnos, son hábitos, pero también hay otras muchas clases de hábitos.

El hábito se hace posible por la mayor o menor indeterminación de las potencias para actuar.

El hábito aumenta la espontaneidad de las actividades, a la vez que disminuye la conciencia de ellas hasta llegar a ser labor inconsciente lo que empezó a ejercitarse con mucha atención y reflexión.

Este modo de ser del hábito, que relega a la subconsciencia o a la inconsciencia gran parte de nuestras actividades, es lo que lo ha desvalorizado para

(2) Luego volveremos sobre cómo la capacidad mental se desarrolla con un ejercicio que si en cierto modo da algún conocimiento, ni se dirige, ni se mueve, en el terreno de la adquisición de nociones.

(3) En otra ocasión nos ocuparemos de este apartado, que en los niveles lleva el rótulo de destrezas o hábitos operativos.

muchos. Les parece que estrechan el campo de la conciencia y que al llevar a realizaciones, en la que la voluntad apenas tiene parte, menoscaban la personalidad del sujeto.

Sin embargo, este parecer no está en lo recto. El papel del hábito valioso es fundamental. Forma como una segunda naturaleza que tiende a lo bueno. Es la gran fuerza conservadora y acumuladora de la vida. Por el hábito se hacen fáciles ejecuciones difíciles.

Confiar a un cierto automatismo, a reflejos condicionados a tendencias que produzcan actos sin exigir reflexión, muchas actividades del hombre, es potenciar los auténticos valores humanos.

En la conducta generalmente puede distinguirse un elemento mecánico y otro de libre expresión, de creación. Y nótese que este segundo elemento, de orden más elevado, no se manifiesta o se manifiesta de un modo rudimentario y grosero si aquel otro no actúa con automatismo. Mientras se tiende a invertir la atención en procesos que pueden y deben producirse mecánicamente, como resultado de un hábito, es muy difícil que uno se eleve a procesos de orden superior.

Por ejemplo, mientras el pequeño tiene que poner toda su atención en el reconocimiento de los signos de la escritura, no hay lectura de comprensión propiamente dicha, y sin la posesión del lenguaje no se conciben creaciones del pensamiento. En resumen, hay que agradecer al hábito que el hombre pueda ejecutar muchas actividades más o difíciles con toda facilidad y mecánicamente, y que pueda, por eso, dirigirse hacia otros objetos y actividades superiores enriqueciendo así toda la personalidad.

El estado del organismo influye mucho en la formación del hábito. Cuanto más vigor posea o el sujeto se halle más en vías de formación, mejor los adquiere, por eso la escuela primaria debe preocuparse muy especialmente de que el niño adquiera el mayor número de hábitos valiosos.

Formación del hábito

El hábito se forma por:

a) Repetición de actos. En la vida psíquica,

como ocurre en la física, nada se pierde por completo.

Todo acto va dejando cierta disposición o tendencia para obrar en ese sentido. Cada vez engendra más facilidad, hace la tendencia más fuerte y que la acción se produzca con más rendimiento, más precisión y más perfectamente.

b) Pero el hábito no está, principalmente, en razón directa del número de actos. Influye mucho la *intensidad* con que se ejecutan. Por eso tienen más eficacia menos actos, pero enérgicos e interesantes, que más y flojos.

c) Y, especialmente para la formación del hábito, es de gran importancia una *motivación* muy vital, un éxito que vaya coronando el ejercicio y una carga de afectividad que haga a los actos *propios*. Tan decisivos son estos factores que muy pocos actos pueden crear un hábito.

Y ya refiriéndonos al hábito mental, queremos subrayar que el ejercicio —en contra de lo que en ocasiones se ha dicho— puede tener un carácter puramente formal, no orientarse a la adquisición de nociones. Y este ejercicio no sólo es posible, sino que debe coordinarse y alternarse con el de una *mejor y más calificada* adquisición de ideas.

Y así vemos, por ejemplo, en los *niveles* la insistencia con que se trata la observación. Ejercicio de observación, sobre muchos objetos, fenómenos, hechos de la vida corriente, distintos procesos. ¿Para qué? No para adquirir nuevos conocimientos de determinada rama o disciplina, sino sólo para esto, para ejercitar la observación que está en la base de todo saber auténtico.

Y por esto los *niveles exigen* se observe. Y van graduando con precisión este observar para: comparar, distinguir semejanzas y diferencias, separar las partes de un conjunto o viceversa, para destacar lo esencial, para ver lo común, para relacionar, etc. Ejercicio valiosísimo que va a dar toda la facilidad para captar con precisión la realidad, sea cual fuere, para definir, para relacionar, para crear.

Puro ejercicio, todo él aptísimo para potenciar espléndidamente la capacidad mental dotándola de unos hábitos que llevarán casi insensiblemente al *verdadero saber* y a la pujante personalidad.

EL CULTIVO

DE

LOS VALORES

EN

EL PROGRAMA ESCOLAR

1. INTRODUCCION

El programa de actividades que hay que desarrollar en la escuela primaria abarca una serie de contenidos de conocimiento y al mismo tiempo hábitos y des-

trezas. La realidad ofrece un conjunto de cosas que deben ser observadas y asimiladas en forma personal, del mismo modo necesita el niño el dominio de una

Por ALVARO BUJ GIMENO

Jefe de Manuales escolares del CEDODEP